

## El caso Padilla

La intelectualidad uruguaya y latinoamericana se había volcado a la izquierda, y su producción se había politizado hasta llegar a veces a la instrumentalización. Pero en 1971 (el mismo año en que apareció *El cumpleaños de Juan Ángel*) esa izquierda fue sacudida por un verdadero terremoto: el caso Padilla.

Heberto Padilla era uno de los poetas más respetados de Cuba. Había nacido en 1933 y trabajaba como periodista en Estados Unidos cuando se produjo el triunfo de Castro. Entonces retornó a la isla y se puso al servicio de la revolución. Cumplió labores diplomáticas en varios países de Europa del Este y en 1966 volvió a La Habana. Una vez retornado,

se incorporó al grupo de intelectuales y artistas que publicaban en una conocida revista literaria llamada *Lunes*. Era un experto en poesía inglesa romántica. Conocía muy bien las obras de Keats, Shelley y Byron.

*Lunes* era un suplemento del diario *Revolución*, el órgano de prensa oficial del Movimiento 26 de Julio. Desde su fundación en 1956, su objetivo había sido promover el debate y divulgar el arte y el pensamiento contemporáneos. En sus páginas escribían los mejores autores cubanos de la época (José Lezama Lima, Virgilio Piñera, Guillermo Cabrera Infante) y también extranjeros como Jorge Luis Borges, Pablo Neruda y Jean Paul Sartre. Los espacios dedicados al

pensamiento político incluían contribuciones de Fidel Castro, el “Che” Guevara y Lenin, pero también de figuras menos cómodas como Mao, que estaba en abierto conflicto con Moscú, y León Trotsky, que era tabú en la Unión Soviética.

Los problemas de *Lunes* empezaron muy pronto. En 1961, la revista patrocinó un documental filmado por Sabá Cabrera Infante (hermano de Guillermo) que intentaba mostrar la vida nocturna en La Habana. La obra fue considerada decadente y secuestrada por el gobierno. En los ásperos debates que siguieron a ese acto de censura, Fidel Castro acuñó una frase con fuerte sentido disciplinador: “Dentro de la revolución todo, fuera de la revolución nada”. En los años siguientes

## Aldo Solari

Por Javier Bonilla Saus

> Nacido en Montevideo en 1922, la trayectoria de Aldo Solari se inicia en los años 50 en la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la Universidad de la República. Abogado de formación, fue de los primeros en advertir que la sociedad uruguaya requería ser estudiada desde una perspectiva científica.

Hasta ese momento, Uruguay conocía su historia, sus partidos políticos, sus instituciones jurídicas, su producción cultural, algunas características de su quehacer económico y, desde luego, los datos básicos de su geografía. Pero nadie había intentado todavía construir una mirada sociológica del país. Aldo Solari fue (quizás inicialmente solo acompañado por Isaac Ganón) uno de los primeros compatriotas que decidió llevar adelante esta tarea de manera sistemática, objetiva y, sobre todo, partidariamente independiente. En esa actitud seguramente influyó su pasaje por la Sorbonne y el *Institut National d' Etudes Démographiques* en Francia, y por la *London School of Economics* en Inglaterra.

Con escasos 31 años, presentó su tesis, *Sociología rural nacional*, para concursar como profesor agregado. La empresa fue enorme por la cantidad de temas que abordaba (la definición de una sociología rural, la población rural del país, la propiedad de la tierra, la estructura de la sociedad rural) y también por la escasez de datos con los que tuvo que trabajar.

Como profesor titular de Sociología y, luego, como director del Instituto de Ciencias Sociales, inició una extensa obra sociológica: *Apuntes de sociología, Las ciencias sociales en el Uruguay* (1959), *Sociología rural latinoamericana* (1963), *Estudios sobre la sociedad uruguaya* (1964), *El tercerismo en el Uruguay* (1965), *El Uruguay en cifras* (1966).

Vinculado desde sus inicios con la Comisión de Investigaciones y Desarrollo Económico (CIDE), sus trabajos se orientan hacia la temática del desarrollo y la educación. A esa época corresponden *El desarrollo social del Uruguay en la postguerra* y el *Informe sobre el estado de la educación en Uruguay* (1967).

El reconocimiento internacional lo llevará a trabajar en la CEPAL, ILPES y FLACSO en Santiago de Chile, así como en UNESCO y el Programa de la Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD). De sus trabajos realizados en ese período cabe destacar, entre otros: *Educación, recursos humanos y desarrollo en América Latina* (1968), *El cambio social y la política de desarrollo social en América Latina* (1969), *Algunas reflexiones sobre la juventud latinoamericana* (1972), *Estudios sobre educación y empleo* (1973), *Problemas del desarrollo social de América Latina* (1974), *Las transformaciones rurales en América Latina: desarrollo o marginación* (1979). La muerte lo sorprenderá en 1989, a los 67 años, como vicepresidente del CODICEN en el primer gobierno democrático.

En su vasta obra resaltan la variedad temática y una muy respetable calidad académica. Pero lo que hace de Solari un autor particularmente notable es su inmovible independencia intelectual. Actor privilegiado del surgimiento de la sociología nacional durante la Guerra Fría y la paulatina polarización política del país, Solari enfrentó ataques desde los diversos bandos en los que se fueron dividiendo las ciencias sociales uruguayas a partir de la década de los años sesenta.

Ante las nuevas generaciones de sociólogos que, influidos por la escuela estructural-funcionalista estadounidense, veían a las sociedades como complejas maquinarias que se autorreproducían sin abrir ningún espacio al cambio, Solari respondía que esa sociología se limitaba a operar

como una justificación del estado de cosas existente.

Ante los nuevos “sociólogos comprometidos”, que enarbolaban el discurso sociológico como arma de “la Revolución”, Solari contestaba que la actividad científica, aun en lo social, es un compromiso con la razón, con la reflexión serena y con el esfuerzo por la objetividad. Toda toma de posición ante un problema social que no surja de un análisis sociológico razonado no puede sino desembocar en una postura panfletaria y, casi seguramente, parcial o equivocada.

Durante las décadas de los años 60 y 70, sus principales enfrentamientos se dieron con esta “sociología comprometida” y sus antecesores de la Generación de 45 que, a través del semanario *Marcha*, venían poniendo en tela de juicio consciente o inconscientemente los valores democráticos y liberales que Uruguay había construido desde finales del siglo XIX. Ejemplo magnífico de estos enfrentamientos fue la polémica sobre “el tercerismo” que Solari desató con (y entre) Arturo Ardao y Carlos Real de Azúa. Los llamados a la prudencia intelectual ante las condenas indiscriminadas al “imperialismo yanqui”, o el rechazo al intento de justificación del expansionismo soviético realizado por Carlos Real de Azúa desde *Época*, le valieron a Solari un aislamiento intelectual que hoy causa asombro.

La sociología fue para Solari un laborioso trabajo de búsqueda de los problemas sustantivos de cada sociedad. Como Freud había revelado para los individuos, para Solari las sociedades creen ser lo que no son. La tarea del sociólogo es exponer serenamente los problemas que la sociedad no ve en sí misma. ■

tes, varios miembros del grupo de *Lunes* fueron perseguidos por sus inclinaciones homosexuales (la revolución cubana ha sido siempre fuertemente homofóbica). Virgilio Piñera fue encarcelado en octubre de 1961. En 1966, la novela *Paradiso* de José Lezama Lima fue retirada de circulación poco después de ser editada.

En 1967, Heberto Padilla criticó públicamente al escritor Lisandro Otero, que en ese momento era vicepresidente del Consejo Nacional de Cultura. El motivo fue la publicación de *Pasión de Urbino*, una obra de Otero que en 1965 había obtenido el segundo lugar del Premio Biblioteca Breve (el primer premio había sido para *Tres tristes tigres*, de Cabrera Infante). Padilla se atrevió a demoler la obra de Otero y a elogiar el libro de Cabrera Infante, que ya vivía en el exilio.

En 1968 Cuba empezó a recibir subsidios masivos de la Unión Soviética y profundizó su alineamiento con Moscú. Ese año, Fidel Castro se vio obligado a defender el aplastamiento de la Primavera de Praga. En ese contexto se desató una nueva polémica en torno a un libro que concursaba para un premio de poesía. La obra se llamaba *Fuera de juego* y, aunque había sido presentada bajo seudónimo, todos sabían que había sido escrita por Heberto Padilla. El jurado, compuesto por los cubanos Manuel Díaz Martínez, José Lezama Lima y José Zacarías Tallet, el inglés John Michael Cohen y el peruano César Calvo, se prestaba a concederle el primer premio.

Entonces empezaron las presiones. Manuel Díaz Martínez recibió la visita de dos escritores (Roberto Branly y Félix Pita) que le advirtieron que Padilla era un contrarrevolucionario y que premiarlo traería problemas. Nicolás Guillén visitó a Lezama Lima para darle el mismo mensaje. David Cheiricián hizo lo propio con José Zacarías Tallet. Hubo un intento de expulsar a Díaz Martínez del jurado, pero la reacción indignada de figuras como el poeta salvadoreño Roque Dalton forzaron una marcha atrás.

La decisión del jurado finalmente se mantuvo, pero enseguida empezaron los problemas. Los ganadores del concurso nunca recibieron sus premios. Dos de las obras premiadas (*Fuera de juego*, de Padilla y *Los siete contra Tebas*, de Antón Arrufat) fueron acusadas públicamente de servir al imperialismo. El escritor Félix Pita anunció que existía una “conspiración de intelectuales contra la revolución”. Desde la revista oficialista *Verde Olivo* se lanzó una campaña contra Padilla, Virgilio Piñera, Antón Arrufat y Cabrera Infante. Los ataques incluían desde acusaciones de trabajar para la CIA hasta referencias a la homosexualidad de alguno de ellos.



△ Heberto Padilla.

Padilla se consideraba socialista y seguía siendo partidario de la revolución. Sus críticas iban dirigidas al modelo soviético e implícitamente a la posibilidad de que terminara implantándose en Cuba. Pero su preocupación tocaba un punto sensible para el régimen de Castro, que estaba apostando a una profundización de las relaciones con Moscú. De modo que, entre 1968 y 1971, Padilla fue crecientemente marginado dentro de la isla y adquirió imagen de escritor disidente.

El escándalo estalló en marzo de 1971 y tuvo como protagonista involuntario al escritor chileno Jorge Edwards, que había sido designado encargado de negocios de su país en Cuba por el gobierno de Salvador Allende. El objetivo de su misión era el restablecimiento de las relaciones diplomáticas entre ambos países.

Al llegar a La Habana, Edwards entró en contacto con escritores amigos suyos, entre los que estaban Lezama Lima, Belkis Cuza Malé y su marido, Heberto Padilla. En sus encuentros se hablaba de la situación cubana y Padilla exponía detalladamente sus críticas. Era un acto de coraje, porque todos sabían que sus conversaciones estaban siendo escuchadas. Pero Padilla creía que el régimen no podía ir muy lejos porque debía cuidar su imagen internacional.

En enero de 1971, Padilla hizo una lectura pública de una serie de poemas titulada *Provocaciones*. Su contenido mostraba un escepticismo y un inconformismo que el régimen ya no estaba dispuesto a aceptar. A las siete de la mañana del 20 de marzo, un grupo de hombres armados irrumpieron en el apartamento donde Padilla vivía junto con Belkis Cuza Malé. Tomaron fotos, revisaron el domicilio de manera brutal y desparramaron papeles por el piso. Estaban buscando los originales de *En mi jardín pastan los héroes*, la novela que

Padilla acababa de terminar. Los agentes encontraron todas las copias que había hecho Padilla, menos una que estaba escondida en un cesto donde se guardaban los juguetes de su hija.

Padilla fue encarcelado y acusado de “atentar contra los poderes del Estado”. Su esposa también fue detenida, aunque la liberaron poco después. Según el relato que Padilla haría más tarde, el oficial que conducía los interrogatorios le dijo: “Podemos destruirte aunque tú sepas que legalmente no tenemos razón alguna. No has hecho nada, no has puesto ninguna bomba, no has cometido ningún sabotaje, ni has hecho contrabando de divisas. Pero todo esto lo reconocerá la revolución en su momento y no tendremos reparos en rehabilitarte. Hoy tú representas una tendencia peligrosísima en el país y hay que destruirla. De modo que solo tienes una salida: ponerte de acuerdo con nosotros”.

El mismo día que Padilla fue detenido, Fidel Castro comunicó personalmente a Jorge Edwards que había sido declarado persona no grata y debía salir de Cuba. Días después, en un acto realizado en la Universidad de La Habana, Castro asumió la responsabilidad por la detención de Padilla y se justificó diciendo: “Existe una serie de hechos que provocarán indignación cuando se hagan públicos”.

La detención de Padilla causó conmoción entre los intelectuales que simpatizaban con Cuba. Varios de ellos, residentes en Europa, redactaron una carta dirigida a Fidel Castro en la que reclamaban su inmediata liberación. La carta fue publicada en *Le Monde* el 9 de abril de 1971. Sus autores manifestaban su solidaridad con Cuba pero rechazaban “el empleo de métodos represivos contra intelectuales y escritores que han ejercido el derecho de crítica a la revolución”. El argumento era que esa práctica solo podía favorecer al imperialismo y a los enemigos de Cuba. Entre los firmantes estaban Jean Paul Sartre, Simone de Beauvoir, Italo Calvino, Marguerite Duras, Hans Magnus Enzensberger, Carlos Franqui, Juan y Luis Goytisolo, Alberto Moravia, Jorge Semprún, Mario Vargas Llosa, Carlos Fuentes, Gabriel García Márquez y Julio Cortázar.

A comienzos de abril, la Seguridad del Estado dio a conocer una “Carta de Heberto Padilla al Gobierno Revolucionario” escrita en un tono conciliador y autoinculpatório. Quienes lo conocían dijeron de inmediato que ese texto no era suyo. El 26 de abril, Padilla fue liberado tras 37 días de reclusión solitaria. Esa noche se realizó un acto público, rodeado de un gran despliegue de seguridad, en el que Padilla hizo una autocrítica e

inculpó a varios colegas. Los nombrados también fueron obligados a autocriticarse. Díaz Martínez, que estaba presente, recuerda así el episodio: “La autocrítica de Padilla ha sido publicada, pero una cosa es leerla y otra cosa bien distinta es haberla oído allí aquella noche. Ese momento lo he registrado como uno de los peores de mi vida. No olvido los gestos de estupor, mientras Padilla hablaba, de quienes estaban sentados cerca de mí, y mucho menos la sombra de terror que apareció en el rostro de aquellos intelectuales cubanos, jóvenes y viejos, cuando Padilla empezó a citar nombres de amigos suyos (...) que él presentaba como virtuales enemigos de la revolución”. Antón Arrufat también recuerda: “Yo mismo, no sé por qué me salvé: Padilla me había avisado momentos antes de empezar a hablar que iba a tener que decir mi nombre, pero parece que se le olvidó y no lo dijo”.

La autocrítica de Padilla hizo recordar las peores épocas del estalinismo. Durante su discurso, el escritor se acusó de haber dicho “una serie de injurias y difamaciones contra la Revolución que

constituyen y constituirán siempre mi vergüenza”. Se atribuyó “muchos errores, errores realmente imperdonables, realmente censurables, realmente incalificables”. Se definió como un “contrarrevolucionario”, tal como el régimen lo describía: “Contrarrevolucionario es el hombre que actúa contra la revolución, que la daña. Y yo actuaba y yo dañaba a la Revolución. A mí me preocupaba más mi importancia intelectual y literaria que la importancia de la Revolución”. Llegó incluso a elogiar a sus carceleros: “Si algo yo he comprendido entre los compañeros de Seguridad del Estado, que me han pedido que no hable de ellos porque no es el tema hablar de ellos sino hablar de mí, yo he aprendido en la humildad de estos compañeros, en la sencillez, en la sensibilidad, el calor con que realizan su tarea humana y revolucionaria, la diferencia que hay entre un hombre que quiere servir a la Revolución y un hombre preso por los defectos de su carácter y de sus vanidades. (...) Yo he tenido muchos días para discutir estos temas, y los compañeros de Seguridad no son policías elementales. Son gente muy

inteligente. Mucho más inteligentes que yo, lo reconozco”. Luego pasó a acusar a colegas con nombre y apellido.

El 20 de mayo se publicó en París una segunda carta de protesta, más severa que la anterior pero con algunas ausencias: ya no estaban Cortázar ni García Márquez. El texto se dirigía a Fidel Castro y empezaba diciendo: “Creemos un deber comunicarle nuestra vergüenza y nuestra cólera. El lastimoso texto de la confesión que ha firmado Heberto Padilla sólo puede haberse obtenido por medio de métodos que son la negación de la legalidad y la justicia revolucionarias. (...) Con la misma vehemencia con que hemos defendido desde el primer día la Revolución Cubana, que nos parecía ejemplar en su respeto al ser humano y en su lucha por su liberación, lo exhortamos a evitarle a Cuba el oscurantismo dogmático, la xenofobia cultural y el sistema represivo que impuso el estalinismo en los países socialistas, y del que fueron manifestaciones flagrantes sucesos similares a los que están sucediendo en Cuba”. Entre los firmantes estaban Simone de Beauvoir, Marguerite Duras, Giulio Ei-

## Neruda, el poeta funcionario

El poeta Pablo Neruda (Premio Nobel de Literatura en 1971) es al mismo tiempo el autor de algunos de los mejores versos que se han escrito en lengua española y un ejemplo asombroso del grado de politización al que fue llevada la cultura durante los años de la Guerra Fría.

Neruda nació en 1904 y a principios de los años treinta ya era un comunista entusiasta. Diplomático de profesión, en 1940 fue nombrado cónsul de Chile en México. El 25 de mayo de ese año, el pintor mexicano David Alfaro Siqueiros intentó asesinar a León Trotsky, a quien Stalin había mandado matar pese a haberse exiliado en México. Trotsky se salvó esa vez (se tiró debajo de la cama para evitar las ráfagas de metrallera) aunque no sobreviviría al siguiente intento.

Alfaro Siqueiros fue detenido por la policía, pero pudo salir de México gracias a una visa extendida por el cónsul Pablo Neruda, que lo visitó repetidamente en la cárcel y consiguió enviarlo a Chile para pintar un mural. En su libro de memorias *Confieso que he vivido*, Neruda se limita a decir que “alguien” había “embarcado” a Alfaro Siqueiros en una “incurción armada” y afirma que, tras haber logrado que el famoso muralista hiciera obra en Chile, “el gobierno de Chile me pagó este servicio a la cultura nacional, suspendiéndome de mis funciones de cónsul por dos meses”.

Mientras desarrollaba su actividad como diplomático y como político (fue senador



en 1945), Neruda siguió desarrollando su obra poética. Pero esa obra no era para él solamente un producto estético, sino también un instrumento político. En 1944, cuando el Partido Comunista cubano integraba el gobierno de Fulgencio Batista, Neruda hizo un discurso en la Universidad de Chile en el que dijo: “Batista, como hombre del pueblo, ha comprendido mejor que muchos demagogos el papel de los intelectuales, y honra a toda América (...) Los chilenos damos hoy la mano a Fulgencio Batista. (...) Saludamos en él al continuador y restaurador de una democracia hermana”. Años más tarde, cuando Fidel Castro había derrocado a Batista, Neruda escribió: “El que no esté con Cuba, con su revolución, con Fidel Castro, está del otro lado, del lado de la ignominia y de la traición”.

En 1950, en plena época estalinista, Neruda publicó *Canto General*, uno de sus libros más difundidos. Allí justifica las matanzas indiscriminadas y los millones de prisioneros en el Gulag con versos como los siguientes: “Stalin alza, limpia, construye, fortifica/ preserva, mira, protege, alimenta,/ pero también castiga./ Y esto es cuanto quería decirlo, camaradas:/ hace falta el castigo”.

En sus memorias Neruda cuenta cómo se manejaba la vida cultural en la Unión Soviética (a la que viajó con frecuencia), aparentemente sin percibir el grado de despotismo que describe: “Ya había muerto Maiakovski, pero sus recalcitrantes y reaccionarios enemigos atacaban con dientes y cuchillos la memoria del poeta, empeñados en borrarlo del mapa de la literatura soviética. Entonces ocurrió un hecho que trastornó aquellos propósitos. Su amada Lily Brick escribió una carta a Stalin señalándole lo desvergonzado de estos ataques y alegando apasionadamente en defensa de la poesía de Maiakovski. Los agresores se creían impunes, protegidos por su mediocridad asociativa. Se llevaron un chasco. Stalin escribió al margen de la carta de Lily Brick: ‘Maiakovski es el mejor poeta de la era soviética’. Desde ese momento surgieron museos y monumentos en honor de Maiakovski y proliferaron las ediciones de su extraordinaria poesía. Los impugnadores quedaron fulminados e inertes ante aquel trompetazo de Jehová.” ■

naudi, Carlos Franqui, Carlos Fuentes, André Gortz, Juan y Luis Goytisolo, Mario Vargas Llosa, Alberto Moravia, Pier Paolo Pasolini, Alain Resnais, Juan Rulfo, Jean Paul Sartre y Susan Sontag.

La nueva carta fue respondida por un comunicado de Casa de las Américas escrito con singular dureza: “La prensa capitalista desató una calumniosa campaña contra Cuba, a la cual colaboraron algunas decenas de intelectuales coloni-

zadores, con su secuela de colonizados, de destartada ideología, quienes aprovecharon una coyuntura para mostrar su verdadero rostro, contrario a la Revolución, y prestar servicios conscientes o no al imperialismo norteamericano”. A continuación se difundió una serie de declaraciones de intelectuales latinoamericanos que apoyaban a Cuba y atacaban a quienes se habían vuelto críticos. Entre los firmantes estaban Alejo Carpentier,

Nicolás Guillén, Mario Benedetti, Juan Carlos Onetti y David Alfaro Siqueiros. Un texto especialmente llamativo fue el de Gabriel García Márquez, que decía: “Yo no sé si Padilla le ha hecho daño a la Revolución como se dice, pero su auto-crítica sí se lo está haciendo y mucho”. Lo que estaba sugiriendo García Márquez era que la confesión pública de Padilla era el acto supremo de un contrarrevolucionario que insistía en dañar a la revolu-

## Eduardo y Marilyn

Por Pablo da Silveira

> ¿Cómo explicar que, pese a su éxito de ventas y a las múltiples formas de reconocimiento, Eduardo Galeano no cale hondo en buena parte del mundo intelectual? Tal vez un ejemplo ayude a entender lo que pasa. Tomemos, entre muchas opciones posibles, el párrafo que dedica a Marilyn Monroe en la página 170 del tercer tomo de *Memoria del Fuego*.

Lo que allí está haciendo Galeano es pintar un gran fresco que abarca la historia de las tres Américas. Lo hace sirviéndose de pinceladas cortas, lo que es una técnica perfectamente válida, y al elegir a las figuras representativas de los Estados Unidos del siglo XX incluye a la rubia Marilyn, lo que sin duda es un acierto. ¿Qué nos cuenta Galeano a propósito de Marilyn? Que, cuando empezó su carrera, no era la mujer esplendorosa que el mundo conoció más tarde. Que tenía papada, párpados demasiado gordos y dientes demasiado grandes. Que fue la maquinaria de Hollywood la que “le cortó grasa, le suprimió cartilagos, le limó los dientes y convirtió su pelo castaño y bobo en un oleaje de oro fulgurante”. En una palabra, nos cuenta que la rubia Marilyn fue una creación del mismo sistema de producción que hizo uso de ella y luego la destruyó.

El problema de este relato no es que sea falso. Dejando algunos detalles de lado, la historia que cuenta es verdadera. Tampoco ocurre que Galeano se equivoque al señalar un drama humano donde no lo hay. Por cierto que la vida de Marilyn tiene un componente trágico. El problema no está allí sino en que, al hablar de Marilyn como emblema de una época, Galeano confunde lo esencial con lo accesorio.

Lo que hace especial a Marilyn Monroe no es que haya sufrido una larga serie de operaciones de cirugía estética, que le hayan cambiado el nombre, ni que hayan invertido mucho dinero en su promoción. Eso es justamente lo que Marilyn tiene en común con muchísimas mujeres. Lo que la distingue de todas las demás es que ella, y solo ella, llegó a ser un ícono del siglo XX. Muchas más intervenciones quirúrgicas y mucho más dinero se invirtieron, por ejemplo, en el lanzamiento de Bo Derek. Sin embargo, a un joven de veinte años hay que explicarle quién era la “Chica 10”, mientras que le alcanza un golpe de vista para reconocer a Marilyn.

Lo que hace que Marilyn Monroe merezca estar en todo fresco histórico del siglo XX es aquello que la diferencia de tantas otras mujeres que fueron igualmente inventadas (y frecuentemente destruidas) por Hollywood, no aquello que tiene en común con ellas. ¿Qué recursos había en su personalidad para que llegara a impactar como impactó en la sensibilidad del público? ¿Qué puso ella y qué puso el propio público para que se desatara la magia que no se desató en muchísimos otros casos? Estas son las preguntas importantes en el caso de Marilyn, pero sobre esto no encontramos nada. La sensación de insatisfacción intelectual que dejan los textos de Galeano surge de esta tendencia a explicar lo que no hace falta explicar y dejar inexplicado lo que debería serlo. El mismo fenómeno se produce en su manera de abordar fenómenos como el subdesarrollo y la injusticia. Sus escritos sobre estos temas reposan sobre un supuesto que podría formularse así: todos los pueblos tienen una vocación natural a vivir en la abundancia y en la justicia. Si en ciertos casos esto no ocurre, es porque en algún lado están “ellos”, los otros, que impiden cumplir este destino. Entender la economía y la sociedad consiste en saber por qué a ciertos pueblos no se les permite desarrollarse.

En esta manera de ver las cosas se repite el error que encontramos en el caso de Marilyn. La mayoría de los pueblos que han habitado este planeta vivieron en la escasez material y sometidos a la ley del más fuerte. Solamente algunos alcanzaron niveles de bienestar significativos, y solamente unos pocos consiguieron sustituir el principio de la fuerza por el de la legitimidad. La pregunta interesante es qué tuvo que ocurrir para que eso fuera posible. Y la respuesta no es que ciertos pueblos alcanzaron la abundancia y la legitimidad institucional porque oprimieron y explotaron a otros: desde que el mundo es mundo ha habido pueblos opresores y explotadores, pero la mayor parte de ellos tuvieron desempeños penosos tanto en materia de bienestar como de libertad interna.

Chesterton decía que hay algo maravilloso en el hecho de que el guarda anuncie que la próxima estación es Victoria y que, algunos minutos más tarde, el tren llegue a Victoria. Más natural sería esperar que llegara a otro sitio, que descarrilara, o que se detuviera. Detrás de algo tan cotidiano como el funcionamiento de una línea ferroviaria hay una larga cadena de hazañas humanas que, como todas las hazañas humanas, están fabricadas de coraje, imaginación, fuerza creadora, generosidad, egoísmo, rapacidad, envidia y crueldad.

En esta capacidad de vencer el fracaso a partir de la imperfección hay un profundo misterio humano. Para Galeano, en cambio, no hay aquí nada sobre lo que valga la pena reflexionar. Según su epistemología implícita, el éxito es trivial y el fracaso debe ser explicado. Detrás de su aparente criticidad, hay un inmenso e ingenuo optimismo. ■

(Una versión previa de este texto fue publicada por la revista *El Estante*, Montevideo, en 1999).

## historia reciente

21/25

Una serie de 25 fascículos publicada por el diario *El País* con el apoyo del Centro de Estudios Jean-François Revel.

Dirección de proyecto  
Pablo da Silveira

Investigación y redacción  
Pablo da Silveira  
Francisco Faig  
Félix Luna  
Enrique Mena Segarra  
Martín Peixoto

Asistente  
José López

Fotografías  
Archivo de El País

Diseño gráfico, armado y corrección  
Trocadero

Publicación  
El País

Impreso en El País  
Depósito legal: 334.251





△ Eduardo Galeano

ción. El intento de convertir a la víctima en victimario causó indignación.

El caso Padilla dividió las aguas entre los intelectuales. Mario Vargas Llosa renunció al comité editorial de Casa de las Américas y rompió con Cuba. Octavio Paz declaró: “Todo esto sería únicamente grotesco, si no fuese un síntoma más de que en Cuba ya está en marcha el fatal proceso que convierte al partido revolucionario en casta burocrática, y al dirigente en un César”. Fidel Castro respondía con discursos feroces en los que trataba a sus críticos de “ratas intelectuales”. En esos días definió al arte como un “arma de la revolución” y expuso la idea de que la actividad cultural debía ser

utilizada para alcanzar fines políticos. Hablando de los concursos literarios, dijo: “¡Para hacer el papel de jueces hay que ser aquí revolucionarios de verdad, intelectuales de verdad, combatientes de verdad! Y para volver a recibir un premio, en concurso nacional o internacional, tiene que ser revolucionario de verdad, escritor de verdad, poeta de verdad, revolucionario de verdad”.

El 14 de mayo de 1971 se dio a conocer una carta de intelectuales uruguayos en relación al caso Padilla. El texto afirma: “En las últimas semanas, la prensa reaccionaria de todo el mundo (y, por supuesto, la de nuestro país) ha desatado una feroz campaña contra la Revolución

Cubana. (...) Las repercusiones de este asunto en ciertos medios intelectuales de Europa, han sido tan desproporcionadas con respecto a la magnitud real del problema que resulta más que evidente una bien digitada orientación en la que muchos intelectuales –probablemente honestos, pero riesgosamente ingenuos– han participado (...). A nosotros, intelectuales y artistas uruguayos que no hemos apostado a la inocencia de Padilla sino a la revolución latinoamericana, y que consideramos que la Revolución Cubana fue el detonante decisivo para llegar a la actual asunción de una conciencia revolucionaria por los pueblos de América Latina, (...) nos alarma sobremedera la actitud poco menos que elitista de ciertos latinoamericanos, casi europeos, que parecen creer que un intelectual siempre es inocente, cuando la verdad es que puede ser tan contrarrevolucionario (o tan revolucionario) tan honesto o tan deshonesto, como cualquiera. (...)”.

Los firmantes de la carta continúan diciendo: “Por nuestra parte, queremos dejar testimonio de nuestra confianza en el pleno ejercicio del derecho revolucionario que ha ejercido y ejerce Cuba para defenderse de toda infiltración enemiga, se manifieste ésta a través de las bandas mercenarias derrotadas hace diez años en Girón, o a través de la malintencionada distorsión de la realidad a que suelen prestarse algunos intelectuales. Muchas veces hablamos de la presencia y el desarrollo del hombre nuevo; pero tengamos bien claro que esa denominación debe incluir también al escritor nuevo, y éste no puede ser de ninguna manera un ser intocable, poco menos que sagrado, situado en una remota e inaccesible plataforma desde la

## Galeano y la economía

Galeano narra cómo los ingleses llevaron la miseria a Tucumán y Santiago del Estero a principios del siglo XIX, desplazando los talleres textiles que fabricaban ponchos con los suyos traídos desde Inglaterra y Escocia. Pero, ¿cómo se volvieron expertos en la confección de una prenda tan criolla y, según Galeano sugiere, de tan compleja confección? Ese autor lo cuenta así:

*“Los agentes comerciales de Manchester, Glasgow y Liverpool recorrieron Argentina y copiaron los modelos de los ponchos santiagueños y cordobeses. (...) Los ponchos argentinos valían siete pesos, los de Yorkshire tres. La industria textil más desarrollada del mundo triunfaba al galope sobre las tejedurías nativas, y otro tanto ocurría con la producción*

*de botas, espuelas, rejas, frenos y hasta clavos. La miseria asoló las provincias interiores argentinas...” (Las venas abiertas de América Latina, Buenos Aires, Siglo XXI, 1988, p. 290).*

Galeano es un escritor distinguido, dueño de una pluma ágil y expresiva, y de un certero olfato para orientar su temática, como su éxito editorial terminantemente lo prueba. Pero –nadie es perfecto– carece de sentido del ridículo. La Argentina contaba a la sazón con unos 400.000 habitantes, de los cuales 120.000 eran indígenas que no concurrían a los mercados. En las provincias del norte y centro, los residentes difícilmente llegarán a 70.000. En pos de ese lastimoso mercado, la industria textil de Lancashire habría enviado espías al norte y centro argentinos, para descubrir los secretos de la confección de ponchos. La misma

industria surtía, sin ir más lejos, a cien millones de nativos de la India, y dominaba el mercado norteamericano, cuyos cuatro millones equivalían, en poder de compra, a cuarenta millones de europeos. Semejante tesis no puede sino provocar hilaridad. Aparte de lo cual no podemos dejar de formular algunas preguntas. ¿No ve el autor ninguna ventaja para la población de aquellas desoladas tierras en el hecho de que el precio de la prenda de abrigo principal de los hombres bajase en casi un 60%? Esa economía en el mercado de prendas, ¿no se habría volcado en demandas adicionales por otras mercancías? ■

Ramón Díaz: *Historia económica del Uruguay*. Montevideo, Taurus, 2003, p. 239.

cual lanza sus juicios, tan apresurados como inexorables, sobre lo que sucede día a día en una América Latina que se debate por su libertad y que en esa brega da su sangre y depura su pensamiento. El escritor nuevo es sencillamente un trabajador y un revolucionario más, alguien que espontáneamente se bajó del falso estrado, de la altivez retórica, para integrarse con el prójimo y aprender de él, crear con él; el escritor nuevo es un revolucionario que sabe que la revolución empieza en la actitud y sigue en las palabras, pero es perfectamente consciente de que las palabras sin actitud no son éticamente válidas. (...) Nuestro

apoyo no tiene océanos de por medio. Desde un rincón de América Latina que vive un tramo decisivo de su itinerario hacia la revolución, y en un momento en que tantos intelectuales súbitamente alarmados y extrañamente pudorosos le dan la espalda a la Revolución Cubana, hacemos una tregua en nuestra diaria lucha contra la oligarquía y el subdesarrollo, contra la penetración cultural del imperio y las leyes mordazas, para transmitir a los revolucionarios cubanos nuestra fraterna solidaridad”.

La carta fue firmada, entre otros, por Hugo Achugar, Coriún Aharonián, Mario Arregui, Mario Benedetti, Sarandy

Cabrera, Manuel Claps, Hiber Conteris, Francisco Espínola, María Ester Gillio, Mario Handler, Graciela Mántaras, Juan Carlos Onetti, Cristina Peri Rossi, Alberto Restuccia, Daniel Vidart, Daniel Viglietti e Idea Vilariño.

Padilla pudo salir de Cuba en 1980. En un poema escrito en el exilio se refirió a su confesión con estas palabras: “vestido de payaso que no hizo reír a nadie”. Murió a los 68 años de un paro cardíaco en un hotel de Auburn, Alabama, cuando iba a dictar clases de literatura en la Universidad de esa ciudad. ■

## BIBLIOGRAFÍA

**Alfaro, Hugo:** *Navegar es necesario. Quijano y el semanario Marcha*. Montevideo, Banda Oriental, 1984.

**Andrew, Christopher y Mitrokhin, Vasili:** *The World Was Going Our Way. The KGB and the Battle for the Third World*. Nueva York, Basic Books, 2005.

**Ares Pons, Roberto.** *La intelligentsia uruguaya y otros ensayos*. Montevideo, Banda Oriental, 1968.

**Barros Lemez, Álvaro:** *Intelectuales y política, polémicas y posiciones, años 60 y 70*. Montevideo, Monte Sexto, 1988.

**Benedetti, Mario:** *Crónicas del 71*. Montevideo, Arca, 1972.

**Benedetti, Mario:** *El país de la cola de paja*. Montevideo, Asir, 1960.

**Benedetti, Mario:** *Terremoto y después*. Montevideo, Arca, 1973.

**Bruschera, Óscar:** *Las décadas infames*. Montevideo, Linardi y Risso, 1986.

**Cabrera Infante, Guillermo:** *Mea Cuba*. Barcelona, Plaza & Janés, 1992.

**Caetano, Gerardo y Rilla, José:** *Historia contemporánea del Uruguay. De la colonia al siglo XXI*. Montevideo, Fin de Siglo, 2005.

**Costa Bonino, Luis:** *Crisis de los partidos tradicionales y movimiento revolucionario en el Uruguay*. Montevideo, Banda Oriental, 1988.

**Costa Bonino, Luis:** *La crisis del sistema político uruguayo. Partidos políticos y democracia hasta 1973*. Montevideo, FCU, 1995.

**Cotelo, Ruben:** *Los contemporáneos. Capítulo Oriental, 2*. Montevideo, Cedral, 1968.

**De Armas, Gustavo y Garcé, Adolfo:** *Uruguay y su conciencia crítica. Intelectuales y política en el siglo XX*. Montevideo, Trilce, 1997.

**De Arteaga, Juan José:** *Breve historia contemporánea del Uruguay*. México, Fondo de Cultura Económica, 2000.

**De Torres Wilson, José:** *La conciencia histórica uruguaya*. Montevideo, Feria Nacional de Libros y Grabados, 1964.

**Edwards, Jorge:** *Persona non grata*. Barcelona, Plaza y Janés, 1985.

**Fernández Huidobro, Eleuterio.** *La tregua armada*. Montevideo, TAE, 1989.

**Gatto, Hebert:** *El cielo por asalto. El Movimiento de Liberación Nacional (Tupamaros) y la izquierda uruguaya (1963-1972)*. Montevideo, Santillana, 2004.

**Graceras, Ulises:** *Los intelectuales y la política en el Uruguay*. Montevideo, El País, 1970.

**Padilla, Heberto:** *En mi jardín pastan los héroes*. Argos Vergara, Barcelona, 1981.

**Paternain, Alejandro:** *El testimonio de las letras*. Montevideo, CLAEH, 1983.

**Penco, Wilfredo:** *Diccionario de la literatura uruguaya*. Montevideo, Arca, 1987.

**Rama, Ángel:** *La conciencia crítica*. Enciclopedia Uruguaya, Nº 56. Montevideo, Ed. Reunidos y Arca, 1969.

**Rama, Ángel:** *La generación crítica*. Montevideo, Arca, 1972.

**Real de Azúa, Carlos (ed.):** *Antología del ensayo uruguayo contemporáneo*. Montevideo, Universidad de la República, 1964.

**Rodríguez Monegal, Emir:** *Literatura uruguaya del medio siglo*. Montevideo, Alfa, 1966. ■